

CAPÍTULO XVIII

¿REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN?

El 6 de febrero estaba San Martín en la rada de Buenos Aires, pero no quiso ni siquiera pisar su tierra... ¿Para qué?... Un diario dijo de la nueva situación: “Este general ha venido al país a los cinco años, pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil”. Y otro: “...tampoco puede consentirse que en vista de la conducta que ha observado el general San Martín al llegar a Buenos Aires después de una larga ausencia, se pueda juzgar a la distancia de un modo desfavorable respecto del país y del gobierno”. Y en *El Tiempo*, firmado por “Unos Argentinos”: “¿Cómo partir de las riberas del Río de la Plata gritando a todo el mundo que no hay en sus márgenes un solo punto habitable?”... “Aquí no hay partidos –dijo, despechado, con referencia a unas palabras de San Martín el ministro Díaz Vélez– sino se quiere ennoblecer con este nombre a la chusma y a las hordas salvajes.”

Todas eran, sin duda, “cosas de llorar”... Mientras San Martín se encontraba en la rada fue visitado por Manuel de Olazábal y Álvarez Condarco... “El general –dice Olazábal– lo recibió en la puerta de la escalera, donde se abrazaron con la mayor efusión. Su cabeza, que no estaba cubierta, había encanecido de una manera notable y vestía una levita de zaraza hasta cerca de los tobillos. Preguntándole por su niña, le dijo ‘que la dejaba en el colegio’.

“Se interesó en saber de muchas personas, con especialidad del general don Tomás Guido y el señor Gómez Orcajo. En seguida llegó el coronel Espora, que le entregó una carta del ministro general del gobierno, señor Díaz Vélez, invitándolo a bajar a tierra, etcétera, a lo que contestó agradeciendo, pero declarando su resolución de no hacerlo”.

“Pocos días estuvo en balizas y pasó a Montevideo para seguir viaje”.

“Estando allí, recibió una comunicación del general Lavalle, desde el Saladillo, datada el 4 de abril de 1823, por mano del coronel Trolé y don Juan Andrés Gelly, en que le instaba regresase a la patria, donde el prestigio de su nombre al frente de los negocios públicos, podía allanar las dificultades porque atravesaba el país.”

Ofuscados todavía por los resultados de aquel funesto motín, sus autores querían cargar sobre el prócer de los Andes la enorme responsabilidad contraída. Por eso San Martín escribió en carta a O`Higgins: “El objeto de Lavalle era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantizar por mi parte y la de los demás gobernadores a los autores del movimiento del 1º de diciembre; pero en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones, era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión sin que quedara otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Por otra parte, los autores del movimiento del 1º de diciembre son Rivadavia y sus satélites, y a usted le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no sólo a este país sino al resto de la América, con su infernal conducta...”.

Y se negó a recibir el cargo que se le ofrecía... Por otra parte, ¿cómo podría liquidar él aquella situación ante el cadáver de Dorrego, con quien había mantenido correspondencia, al parecer, y de quien había dicho a Miller muy poco antes (el 16 de junio de 1818), para que lo asentara en sus *Memorias*: “Dorrego y Lamadrid han sido dos oficiales que se han distinguido por un coraje a toda prueba, el primero en la Banda Oriental y Alto Perú contra los españoles, y el segundo, en este último punto”. Por todo ello se fue a Montevideo, dispuesto a embarcarse para Europa.

En Montevideo se difundió en seguida la noticia de su llegada y fue acogido con predilección. Al día siguiente el general Fructuoso Rivera le dijo al oficial argentino Manuel Pueyrredón:

– ¿Sabe usted quién está en Montevideo?

– ¿Quién, señor?

–El general San Martín... ¿A quién mandaremos a saludarlo?

–A mí, le contesté... –dice Pueyrredón.

Pueyrredón había sido uno de los primeros en saludarlo.

“Me hizo un recibimiento lleno de halagos, presentándome a todos los que estaban en la mesa del hotel, diciéndome: ‘Presento a ustedes a uno de mis muchachos’. En seguida, empezó a hacerme preguntas sobre mis heridas, como para hacer saber que las había recibido en la guerra de la Independencia. Después de esto, lo veía cada vez que podía. El gobierno del Perú lo llamaba; él estaba indeciso sobre el partido que tomaría; me invitó para acompañarlo en el caso que se decidiese a aceptar y yo le prometí hacerlo. El general San Martín desaprobaba la revolución del 1º de diciembre. –Tú sabes –decía– que he sido enemigo de revoluciones y que no podía ir a ponerme al servicio de una de ellas. Cuando Bolívar fue al Perú, yo tenía ocho mil hombres, podía sostenerme, arrojarlo; pero era preciso dar el escándalo de una guerra civil entre dos hombres que trabajaban por la misma causa, y preferí resignar el mando. Al cabo, Bolívar quería lo mismo que yo.”

“Después de todo esto –escribió San Martín–, ¿Cuál es el partido que me resta? Mi presencia en el país, en estas afligentes circunstancias, lejos de ser de alguna utilidad no es más que embarazosa para la presente administración... y para mí de continuos disgustos... Por lo tanto, he resuelto regresar a Bruselas, al lado de mi hija... Me embarcaré en el paquete inglés que saldrá de ésta para Falmouth el 14 del próximo mayo.” Y así lo hizo... Él tenía esperanza todavía de retornar a su país... pero hubiera podido decir *adiós* al Río de la Plata... Volverían sus restos medio siglo después, y le quedaban veinte años más de una vida en que tuvo quizá más contrariedades y sinsabores que venturas y halagos.

Ese mismo año de 1829 lo encontramos otra vez en Bruselas ocupándose de su hija. No vivía, en verdad, tan solitario, como pudiera creerse, y no solamente era conocido en los círculos políticos sino también sociales de la ciudad.

Por ese tiempo le vio en Bruselas Monsieur Baron, colaborador de la *Revue de Paris*, quien se refiere a él en un precioso artículo, “Los exiliados de Bruselas”, donde pasa revista a

exconvencionales y *regicidas* franceses, a grandes figuras del imperio napoleónico y revolucionarios italianos, españoles y sudamericanos que se acogían a la hospitalaria ciudad. “Me acuerdo de un día –dice Baron– en que se encontraban reunidos el general Zaldívar, que había figurado en las cortes de España, Guillermo Pepe, el napolitano, y el Libertador del Perú, San Martín. Era en un baile, y estas tres figuras, morenas, velludas, de aspecto dominante, sobre todo la de San Martín, tan gallarda que hace pensar en Dugommier y en Kléber, formaban violento contraste con el tinte lechoso, lustroso, lamido de los fashionables belgas e ingleses. San Martín y Zaldívar se habían conocido en España; el encuentro fue afectuoso; después, apoyados en el alféizar de una ventana, cada uno habló de sus batallas, de los éxitos obtenidos. La lengua francesa rebelábase pero terminaba por plegarse al pensamiento, y entonces, lo raro de la expresión o la frecuencia del ademán que trataba de suplirla, infundía gracia especial a esos relatos maravillosos. San Martín nos contaba, entre otras cosas, el paso de los Andes cuando fue a libertar a Chile. Era un canto de la Araucana. San Martín es, sin duda alguna, uno de los hombres más completos que puedan encontrarse: militar excelente, espíritu elevado, carácter firme, buen padre a la manera burguesa, hombre de fácil acceso y de un atractivo personal irresistible. Resulta inexplicable el reposo a que se ha condenado en pleno vigor de su edad y de su genio.”

Pero la vida plácida de Bruselas fue alterada de pronto por la revolución de independencia belga, que tuvo por objeto la separación de este país del reino de Holanda. La revolución se concentró en Bruselas, y los patriotas belgas, que carecían de un verdadero jefe, ofrecieron al general San Martín el mando del ejército. Él se rehusó, invocando las leyes de la hospitalidad y su calidad de extranjero.

En ese mismo año, la revolución de 1830, en Francia, que señaló el fin de la dinastía borbónica y hubo de instaurar la república, pero transó con la dinastía de los Orleans, permitió al general San Martín trasladar –como lo había deseado desde un principio– su residencia a París. En París lo conoció Vicente Pérez Rosales, el escritor chileno, autor de un delicioso libro titulado *Recuerdos del pasado*. Y lo conoció en un colegio donde se educaban algunos americanos y al que gustaba de concurrir el general porque había jóvenes chilenos hijos de amigos suyos en el tiempo heroico de la reconquista de Chile. “La presencia de San Martín en el colegio–dice Pérez Rosales– causó a los chilenos y a los argentinos la más viva alegría... El general llegó a pie al colegio, a pesar de la distancia que lo separaba de su modesta habitación, vestía levitón gris rigurosamente abotonado, llevaba guantes de ante del mismo color y se apoyaba sobre un grueso bastón. Al principio no me conoció; mas como viese que yo me lanzaba a abrazarlo, llamándolo con gritos de contento: ‘¡Mi general!’, después de abrazarme con efusión, de separarme un poco, de mirarme con atención y de preguntarme de dónde era y a qué familia pertenecía, con mi contestación me pareció ver brillar en aquellos ojos, tan serenos y altaneros, con que tantas veces supo despreciar a la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fue aquella escena, de demostraciones de cariño, en la cual iba estrechando uno a uno en sus brazos a los colegiales que acudieron a saludarlo, la más perfecta imagen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido. Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular, pues casi no quedó miembro de nuestras familias por el cual no preguntase con solícito interés.”

En una ocasión –y mientras paseaban por los jardines de las Tullerías–, pidió con insistencia a Pérez Rosales que le dijera cuánto se comentaba sobre él en Chile. El joven, poco discreto, como él mismo lo reconoce, habló de esta manera: “Así como O`Higgins tiene sus enemigos por allá, a usted tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la patria vieja que no atribuyan a usted y a don Bernardo la desastrosa muerte de los Carrera, cuya ejecución califican de inútil y de atroz asesinato, ni faltan tampoco malas lenguas que atribuyan a usted poca pureza en la administración de los bienes que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú. Echó San Martín, al oír esto, su rostro con violencia entre ambas manos, y tanto rato permaneció en esta nerviosa situación, que así podía significar evocación de dolorosos recuerdos, como el disgusto amargo que siempre causa en corazones bien puestos la humana ingratitud; y ya comenzaba yo a arrepentirme de haber sido tan sobradamente franco al contestarle, cuando, enderezándose, y aspirando el aire con violencia, y fija la vista como distraído en las copas de los árboles, exclamó a media voz, y como hablando para sí: –¡Gringo badulaque, almirantito que cuanto no podía embolsicar lo consideraba robo!... (Se refería a lord Cochrane.) Dispéñeme usted, querido colegial, continuó, no sé dónde se me había ido la cabeza. ¿Con que todo eso dicen por allá? ¡Eh!...razones tendrán para ello... y, ahora, dígame usted: ¿Qué hubieran hecho ustedes en Chile con tres argentinos que por haber sido, con razón o sin ella, no sólo mal recibidos sino hasta perseguidos por el gobierno chileno, se hubiesen metido, aunque llenos de las más patrióticas intenciones, dos de ellos a revolucionarios y el tercero a sangriento montonero? ¿Qué hubieran hecho ustedes ante el peligro de la pública tranquilidad y ante el aspecto de la sangre chilena derramada por las armas de éste, hasta en las puertas del mismo Santiago, si esos tres argentinos hubiesen caído en sus manos? ¿Hubieran necesitado ustedes de los consejos de un O`Higgins o de un pobre San Martín para hacerlos fusilar?... En cuanto a lo de la poca pureza, prosiguió con triste sonrisa, después de echar una sarcástica mirada sobre su ropa y de contemplar, dándolos vuelta, sus gruesos guantes de gamuza, ya lustrosos por el uso: – ¡A la vista está!... Yo conocía la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrían por sus manos, pero ignoraba muchos de sus rasgos de generoso desprendimiento en obsequio del mismo país por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entonces, obsequiados al héroe por el cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires después de la batalla de Chacabuco, los había cedido para que, con ellos, se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, y entre otras generosidades de aquella hermosa alma, ignoraba también que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseía en Santiago. ¡Y San Martín era pobre!”

Pobrementemente vivía por esta época San Martín en París, porque sus rentas eran escasas y encontraba dificultades para percibirlas. Tenía el alquiler de una casa de Buenos Aires, obsequio del gobierno argentino a su hija. La pensión que también le había concedido el gobierno argentino no se hacía efectiva en tiempo de Rivadavia; el gobierno peruano no le liquidaba por entonces su pensión y menos producía su chacra de Mendoza... También estuvo francamente enfermo y –según él mismo dijo– expuesto a morir en un hospital, pero la hija, en quien había puesto toda su ternura, dotándola de una esmeradísima educación, se casó muy a gusto del general, en diciembre de 1832, con el joven Mariano Balcarce, empleado de la legación argentina en París e hijo de su amigo el general Antonio Balcarce, vencedor en

Suipacha y guerrero ilustre de Chile. “Antes del nacimiento de mi hija Mercedes –escribió a su futura consuegra– mis votos eran porque fuese un varón; contrariado en mis deseos, mis esperanzas se dirigieron a que algún día se uniese a un americano, hombre de bien, y si fuera posible el que fuese hijo de un militar que hubiese rendido servicios a la independencia de nuestra patria. Dios ha escuchado mis votos, no sólo encontrando reunidas estas cualidades en su virtuoso hijo don Mariano sino también coincidir el serlo de un amigo y compañero de armas. Si, como espero, este enlace es de la aprobación de usted, será para mí la más completa satisfacción.

“La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vista no ha tenido por objeto formar de ella lo que se llama una dama de gran tono, pero sí el de hacer una tierna madre y buena esposa; con esta base, y las recomendaciones que adornan a su hijo de usted, podemos prometernos que estos jóvenes sean felices, que es a lo que aspiro.”

Y el casamiento de la hija trájole también un sinsabor, porque, una vez casada, se marchó con su esposo a Buenos Aires en diciembre de 1832. El padre quedó casi en plena soledad. Sin embargo, parece que fue en aquellos momentos cuando el azar lo puso frente a un antiguo amigo y camarada de España, Alejandro Aguado, opulento banquero, marqués de las Marismas. “Aguado, el más rico propietario de Francia –escribió San Martín a un amigo–, sirvió conmigo en el mismo regimiento en España y le soy deudor de no haber muerto en un hospital, de resultas de una larga enfermedad.”

Aguado le facilitó –en efecto– la adquisición de una casa de campo en Grand Bourg, sobre el Sena, cerca de París, y desde entonces mejoró en mucho la situación del general. No sólo materialmente. En 1836, su hija Mercedes y el esposo Balcarce volvieron a Francia para vivir con él en Grand Bourg, llevándole una nieta. Poco después, en ese mismo año, nació otra en aquel sosegado retiro.

Y la vida era ahora dulce y apacible, sin preocupaciones de orden material, cuando llegó al prócer la noticia de que el gobierno francés, en conflicto con el dictador Rosas, había declarado bloqueados los puertos argentinos. Sin vacilar, y a despecho de que la actitud asumida comprometía su posición de extranjero propietario en Francia, escribió a Rosas: “He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé los que mi deber me impone como americano, pero en mis circunstancias, y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, que espere sus órdenes; tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria honradamente en cualquier clase que se me destine”.

Rosas contestó inmediatamente con muchos elogios para el prócer pero declinó el ofrecimiento, “tanto más –le decía– cuando concibo que, permaneciendo usted en Europa, podrá prestar en lo sucesivo a esta República sus buenos servicios en Inglaterra y Francia”.

En el Río de la Plata se estaba produciendo lo que San Martín vio claramente en 1823: “Era absolutamente imposible reunir los partidos sin el exterminio de uno de ellos”. Había empezado el partido unitario con el fusilamiento de Dorrego, con las invasiones al interior y había mantenido situaciones de fuerza mientras pudo hacerlo así, es decir hasta 1831, en que

fue vencido por completo La Madrid en la ciudadela de Tucumán; y, desde ese momento, el partido federal hizo lo mismo que había hecho el unitario; gobernó dictatorialmente, en unas regiones con más rigor que en otras, pero dispuesto siempre a no permitir que volvieran al poder los que habían fusilado a Dorrego y declarado que había en el país un solo partido, el que estaba en el poder, porque todo lo demás era –según declaración oficial unitaria– “chusmas y hordas de salvajes”.

Lo de “salvajes” debió de ser arma de propaganda eficaz, porque la usaron a su vez los federales y sobre todo el que se proclamaba federal por excelencia... y era unitario... como él mismo lo dijo... El país cayó en ese paroxismo en que caen los pueblos latinos o sajones, americanos o europeos, negros o blancos, cultos o ignorantes cuando están perturbados y cegados por el odio y el ansia de poder. Preguntábanle a un español, que había cometido muchas crueldades en el gobierno y a quien le llegó el momento del *sálvese el que pueda*, ¿cómo había podido incurrir en tantas atrocidades?, y él contestó impasible: “El dilema era éste: o pollo o cocinero. Yo he preferido ser cocinero”.

Así se vivía, por desgracia, en la Confederación Argentina. Y San Martín, desde lejos, miraba solamente al problema, muy serio, de la soberanía, que él había contribuido, con tantos sacrificios, a fundar. Consideraba las cosas desde fuera... ¿Por encima de toda parcialidad política? Digamos que con su poquitín de simpatía por los federales... ¿Para qué tapujos y melindres tratándose de hombre tan entero y cabal? Veamos lo que le dice don Vicente López y Planes, en 1830, año decisivo –crucial como dicen ahora– en la historia argentina: “Muchas veces me he puesto a meditar en las causas del incremento y animosidad que han tomado nuestras eternas discordias y voy a poner a usted mi juicio francamente y en cuatro palabras.

Yo no veo en todo este fenómeno más que revolución y contrarrevolución. La revolución ha dominado exclusivamente desde el año 10 hasta mediados del 21; la contrarrevolución ha dominado disfrazadamente desde mediados del 21 hasta mediados del 27; y habiendo sido entonces separada del timón, hizo su reacción vengativa para recobrarlo el 1º de diciembre de 1828. La revolución consagró el principio: *patriotismo sobre todo*; la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal ojo y dijo sólo: *habilidad y riqueza*”.

Y el que pueda entender que entienda, hubiera podido agregar don Vicente López. Porque la interpretación es osada, interesante y llena de intención. Y ¿qué le contestó el general San Martín? Le contestó lo siguiente, el 12 de mayo de 1830: “Son justísimas las observaciones que usted me hace en la suya y convengo con usted en que el incremento que han tomado las discordias en Buenos Aires tiene su base en la revolución y contrarrevolución.” Algo más agrega, pero la respuesta es categórica e inmovible.

El conflicto internacional fue solucionado en 1840 por el tratado de Arana-Mackau y las relaciones entre el dictador argentino y el señor de Grand Bourg fueron constantes y cordiales.

Muy errado estaría quien creyera que en esta época el general San Martín es un pobre vergonzante, olvidado de todos, o víctima de la indiferencia pública. En 1839, Rosas lo nombra ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina en Francia, cargo que él no aceptó con excusas corteses. Poco después el presidente de Chile lo invitó a regresar a ese país “donde tendrá –de decía– un retiro honorable en el seno de sus amigos que no dejan de ser

bastantes". El corazón del general –según sus propias palabras– “rebotó de satisfacción”. Y en ese mismo año, una ley del congreso de Chile dispuso: “El general don José de San Martín se considerará por toda su vida como en servicio activo en el ejército y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República.” Por su parte, el dictador argentino dijo en su mensaje anual: “El general José de San Martín, de un renombre inmarcesible en la historia americana, merece altamente la más distinguida estimación del gobierno de la República y de la América.”

AGENDA DE LECTURAS

Las citas de *El Tiempo*, de Olazábal, de Pueyrredón, en *San Martín visto por sus contemporáneos*. La carta de San Martín a O'Higgins sobre el motín de diciembre, en *San Martín: su correspondencia*. La silueta de San Martín en Bruselas por Monsieur Baron, en *Revue de Paris*, dato comunicado al autor por el profesor de literatura y publicista don Julio Caillet-Bois. La carta de San Martín a la señora de Balcarce, a propósito de la educación de su hija, en Otero, *op. cit.* La carta de Vicente López y Planes sobre “revolución y contrarrevolución” y la contestación de San Martín, en *San Martín: Su correspondencia*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XVIII. pp. 213-224. 2ª ed. Buenos Aires. Emecé, 2000.

